

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

TOROS PARA CATALANES (5)

UN CARNAVAL ROMANO

ROMA volvió a ver toros —Isla de toros— a finales del siglo XV. Y por obra y gracia de catalanes. Fue, naturalmente, en la época de los Borja. Cuando el anciano don Alfonso de Borja se convirtió en Calixto III, una avalancha de compatriotas nuestros se desencadenó sobre la ciudad pontificia. Era una muchedumbre voraz y descarada, que tomó por asalto las prebendas de la Curia, los beneficios parroquiales y todo lo que presentaba una cierta posibilidad de sacar rentas. El reverendo Josep Rius Serra publicó, hace años, unas imponentes listas de nativos del Principado y del País Valenciano que se cebaron en las arcas del Vaticano. "O Dio! La Chiesa romana in mani dei catalani!", exclamaban, con escándalo y alarma, los italianos. El vecindario de Roma no recordaba otro precedente comparable que la invasión de los visigodos y los vándalos. Porque el alud humano que le caía encima no se reducía a los aspirantes a la burocracia clerical: acudía gente de toda laya, tras la aventura pacífica y sonriente. Entre 1492 y 1503, etapa que corresponde al segundo Papa de la familia, Alejandro VI, la presencia catalánica se amplió a extremos que todavía no acabamos de imaginar. La lengua y las costumbres de este lado del mar se implantaron en el otro. Desde luego, el episodio no duró mucho; pero tuvo una preciosa brillantez. Los toros le dieron su nota especial.

El nombre de los Borja, con ortografía itálica —Borgia—, ha pasado a la posteridad rodeado de los más torvos prestigios. Su historia es una historia de asesinatos, de simonías, de depravaciones. La han elaborado, con ira y espanto, los escritores católicos tocados de savonarolismo y los escritores protestantes inducidos por su odio a la Iglesia Romana, contando con la alegre ayuda de los plumíferos ateos. Meses atrás, en un teatro de París se representaba la espléndida pieza de Panizza, "El concilio de amor", que es una muestra del género, y el repertorio se extiende de Maquiavelo a Klabund, de Victor Hugo a Apollinaire. Como es lógico, esta literatura —y sus implicaciones musicales y cinematográficas— se ha detenido, más que nada, en las encantadoras leyendas del veneno y del puñal, de las orgías y las sospechas de incesto, del sacrilegio y la depredación. Pero casi nunca se ocupan de subrayar los aspectos taurinos, bien poco desdeñables. Los Borjas y sus paniaguados llevaron a Roma las rutinas de su país de origen: bailes, comidas, dialecto, vestidos, fachendería, adornos. Y con ello, el juego de los toros. El buenazo de Alejandro VI —este señor era un trozo de pan, piadoso y amante de la familia— disfrutaba prolongando en su corte las delicias de su remoto hogar valenciano: los higos de Burjasot

y los azulejos de Manises, las castañas de Todos Santos y el trenzado de las "baixes" y las "altes", la confitería de Játiva y... Y los toros, repito.

Probablemente, en los papeles italianos del tiempo se encontrarán bastantes indicaciones sobre el tema. Yo me ceñiré, aquí, a explotar un documento excepcional: una carta de "madama Sança", es decir, de doña Sancha de Aragón, bastarda de Alfonso II de Nápoles y nuera de Alejandro VI. Por cierto que el casamiento de Madama Sança con Jofre de Borja —él contaba trece años— es materia de otra epístola gloriosa, de lo mejor que conservamos en el catalán del Cuatrocientos: la escribió el cardenal de Monreale, un Borja más, a Joan Marrades, cubiculario del Papa, y su redacción se anima con risueñas desvergüenzas epitalámicas... La carta de doña Sancha a que trato de referirme, contiene una detallada relación de los festines que se celebraron en agosto del 1498, en las dependencias papales, con motivo de las bodas de Lucrecia Borja con don Alfonso de Aragón. Este don Alfonso era hermano de doña Sancha: los enlaces matrimoniales entre la Casa de Borja y la Casa de Nápoles fueron dobles. La procedencia ilegítima de los contrayentes no restaba fuerza política a los acontecimientos. El relato de Madama Sança es detallado y efusivo. En él hallamos la descripción de una corrida romana. Con un cardenal como torero, además. No son cosas que se pudiesen ver cada día, por desdichado. Ni creo que se hayan repetido. ¡Un cardenal! Que mató por su mano nada menos que ocho toros, ocho. Buen cartel, sin duda... La carta de doña Sancha fue publicada por el marqués de Laurencin, de la Real Academia de la Historia.

Para que ningún lector se confunda, y en particular no tiemblen los espíritus timoratos, diré en seguida que el cardenal en cuestión era César Borgia. En 1498, el futuro "condottiero" iba por los veintidós años, y todavía estaba sujeto a los proyectos de dinastía eclesiástica que Alejandro VI maquinaba. Cuando aún era un niño, el Papa le había reservado la mitra de Valencia, a la cual añadió luego el capelo. La vocación de César no era precisamente clerical; pero, de momento, hubo de resignarse a los designios paternos. Le confirieron órdenes menores, para salvar las apariencias. Su vida, con todo, fue mundana y libre, como correspondía a su edad, a su ánimo y a su ambiente. "El señor Cardenal me convidó a ver una corrida de toros, que Su Señoría hacía en una plaza muy linda", escribe doña Sancha. Se concentraron "pasadas diez mil personas para mirar", y era mucho público. César y doce caballeros más —un Cervelló, un Castellar, un

Alegre, un Corella, otro Borja...— salieron a la palestra con la indumentaria coruscante que el caso requería: oros en caireles y en bordados, rasos rojos y verdes, borcegujes azules, bonetes de terciopelo carmesí. El caballo del cardenal de Valencia era "todo blanco, morisco", y le llevaban otros ocho "ricamente enjaezados", sin contar dos más, montados por pajes "de la lanza". El Borgia protagonista esgrimía un rejón "con una bandera labrada de plata y de oro muy gentil", y traía en el brazo una "empresa" de seda amarilla con vivos de verde y oro... Los nobles que le acompañaban no desfilaron menos abigarradamente ataviados. Hay que admitir que el espectáculo debió de ser de una vistosidad genial.

Y ahora viene la proeza. Al parecer, "desde las 19 horas hasta las 24" —añadamos, pues, el reverbero de antorchas y alimaras—, mi arzobispo liquidó ocho reses. Doña Sancha nos cuenta cómo lo hizo con dos. Copio: "Después de haber corrido mucho el primero, dióle una lanzada cerca de la cabeza, que le pasó la mitad de la lanza por el pescuezo con la bandera, después de cansado un rato corriendo con los otros caballos; ya descansado, fue para mudar de caballo, aunque había mudado otros tres; él solo se agarró con otro toro muy bravo, y porque había muerto el primero con la lanza, dejó aquella y tomó otra de la misma manera, y corrió este toro por espacio de media hora; después arrojó la lanza, y puso la mano a la espada, y dióle una tan gran cuchillada en el pescuezo, que le echó muerto en tierra luego, sin más ferida..." "Y así fueron en la tarde todos los otros toros corridos y muertos por Su Señoría..." Quizá los críticos actuales del ramo encuentren poco explícita la descripción de doña Sancha. Pero ya se adivina que el cardenal de Valencia había aprendido en buenas fuentes... Sólo Dios sabe lo que acabarían pensando los pocos o muchos ciudadanos de Roma que acudieron a presenciar la "performance" de César. Podemos suponer, al menos, que en las habitaciones del Pontífice el hecho sería acogido con satisfacción. Alejandro VI tuvo que regocijarse de las bellas habilidades de su hijo. Estoy seguro de ello. Como participaron del entusiasmo los miles de catalanoparlantes que se agolparon en la improvisada "plaza"... César Borgia colgó los hábitos un poco después. Murió en Navarra, en 1507, víctima de su ambición, de la sífilis y de Fernando el Católico. Demasiados enemigos, y demasiado fuertes, para sus treinta años...

Joan RUSTER

ANTINOMIAS DE LA LIBERTAD

EN TORNO A LA ALIENACION

El tema de la alienación abunda desde hace años en todos los terrenos de la especulación cultural. Sus implicaciones afectan los términos de los contemporáneos humanismos, así como los condicionamientos políticos, económicos, sociales, y no digamos las condiciones de la llamada sociedad opulenta. Se nos habla con frecuencia de sociedad alienada, cuyos estudiosos han conseguido una síntesis más o menos feliz de los aforismos proféticos de Marx, Nietzsche y Freud, de los cuales se alimentan los más espectaculares éxitos intelectuales de nuestros días.

El tema de la alienación es, como decíamos, un tema universalizado hoy en día. A su difusión han contribuido discípulos de Marx y Freud, de gran influencia, como Marcuse y Fromm. Si Marx propugnaba la necesidad de «desalienar» al hombre, Marcuse y Fromm quieren «descondicionarle». La diferencia es que Marx no podía sufrir el influjo de Nietzsche y Freud, mientras Marcuse y Fromm lo han sufrido, en proporciones nunca confesadas. Pero el camino de Marx lo repite hoy Marcuse. Quieren liberar al hombre y lo conducen a la utopía. En Marcuse, la lucha contra los condicionamientos de la sociedad lleva a nuevos condicionamientos psicológicos. Su dialéctica es una dialéctica de la liberación, no de la libertad. Pero la dialéctica de la liberación no tiene alternativa, ni salida efectiva de la encrucijada, y por ello las soluciones de Marcuse desembocan en la utopía. La situación está más o menos perfilada

así por Jules Henry en el libro colectivo «Dialéctica de la Liberación»: «La conciencia de que no hay alternativa, sentirse como preso en la trampa o impotente porque no hay vía de salida, son factores que contribuyen fuertemente a la creación de un estado de guerra».

No cabe duda que algunos diagnósticos de Marcuse son ciertos. Su crítica de los «mass media», de la sublimación de las frustraciones sociales operada por el apoteosis tecnológico de la sociedad de consumo, su idea del carácter conservador y contrarrevolucionario adquirido hoy por la clase trabajadora, de la disolución en el hombre del «deseo» de libertad a causa de la orientación actual de la ciencia y la tecnología, lo demuestran. Por otra parte, se da cuenta de que la crítica marxista del hombre alienado no es suficiente para desalienarlo. Por ello adopta el grito de Nietzsche en «Gay Saber»: «El signo de la libertad alcanzada será el no sentir vergüenza de nosotros mismos». Y propugna como ideal del hombre «desalienado» y «descondicionado» la capacidad de hacer de la producción un proceso creador, adoptando como fórmula última la utopía socialista y la imaginación surrealista. Para ello combate la burocracia y su poder inmenso en el universo socialista y la tecnocracia autoritaria del bienestar en el universo capitalista. Propugna una rebelión moral contra los grandes condicionamientos del tiempo, con la ayuda de una inteligencia instrumentalizada y del cambio constitutivo de metabolismo en la estructura del

poder. Considera la entera sociedad actual basada en la violencia y propugna luchar contra ella con la violencia racional. Para él, la tolerancia es un fin en sí. Pero el progreso hacia este fin es «detenido por la violencia y la represión a escala mundial», practicadas en igual medida por los gobiernos democráticos y autoritarios. La tolerancia practicada hasta ahora ha sido, en cualquier forma, una tolerancia represiva. Así juzga Marcuse la idea de la libertad en Rousseau y en John Stuart Mill. Todo acaba en «una contradicción objetiva entre la estructura económica y la política de un lado, y la teoría y la práctica de otro lado».

El «descondicionamiento» marcuseano aboga por la libertad racional, por la liberación y por las soluciones de las antinomias de la libertad en el reino de la utopía.

Todo es un callejón sin salida. La conciencia cristiana debe percatarse de ello. Debe y puede hacerlo. Porque desde siempre, desde la primavera pura del mensaje evangélico, el cristiano sabe que la libertad «está arraigada en el reino del espíritu, no en el reino del César. El César no desea la libertad de nadie» (Berdiaev, Royaume de l'Esprit et Royaume de César).

Es inútil, por tanto, buscar la racionalidad de la libertad o las relaciones entre libertad y verdad exclusivamente en el universo del César. Para resolver las antinomias de la libertad en este universo, hay que ir allende sus definiciones formales. Hay que buscar el sentido pro-

fundo de la libertad real en el orden de la actividad creadora. Que es actividad y dominio del espíritu. Mas el nudo central de la cuestión permanece, para nosotros, en el problema de las relaciones entre la libertad y la verdad. La libertad no es posible sin la verdad. «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.» He aquí la permanencia, entre nosotros, viva y actual de la enseñanza evangélica. Verdad y libertad son dos ideas esenciales, dos realidades en acto; solamente en esta dimensión cristiana de la realidad, la libertad logra ser auténtica libertad y superar las tremendas antinomias a las cuales está sometida. «El cristianismo —escribe Berdiaev, y con ello centra toda una posición de gran importancia que a nosotros nos interesa de manera excepcional— es la religión de la verdad crucificada. La verdad crucificada no constriñe: ella está de cara a la libertad. El cristianismo ha sido traicionado cuando se ha querido hacer obligatoria la verdad cristiana. Hasta el fin de los tiempos existirán los reinos.»

Aquí está nuestro problema. La existencia de dos reinos. Y la absurda pretensión de hacerlos perfectamente permeables o de absolutizar a cada uno con exclusión del otro. La libertad está íntimamente ligada al espíritu, a la verdad y al amor, y toda concepción materialista es fuente de nuevas antinomias de la libertad, de sus insolubles contradicciones.

Jorge USCATESCU

DECORACION MUEBLES

PIDANOS DISEÑOS Y PRESUPUESTOS GRATIS



TODOS ESTILOS INCOMPARABLES FACILIDADES DE PAGO

Muebles Zohar

CENTRAL Riera Alta, 43 Tel. 242 26 29

SUCURSAL Av. Masnou, 68 Hospitalet

RESUELVE SUS PROBLEMAS

CAMBIAMOS T.V.

su viejo T.V. por uno moderno preparado para las futuras emisiones

PAGAMOS HASTA

12.000 ptas.

por su TELEVISOR usado

RESTO EN COMODOS PLAZOS

teléfono 242 56 10

ICSA

Centro de Estudios Empresariales Ingenieros Consultores, S. A. Reconocido por el Estado

Próximos cursos:

PRACTICAS DE LA VENTA (Curso TACK)

(3 días completos, almuerzo incluido)

Programado para Vendedores, Agentes, Promotores, Representantes y Delegados de Venta.

EL CONTROL DE GESTION EN LA EMPRESA MODERNA

(40 horas)

Programado para Gerentes, Directores, Adjuntos a Dirección, Directores Administrativos y Controllers.

Para informaciones:

ICSA. "Estaner", 507 - Barcelona - 6 - Teléf. 247-46-00.